

PARTE FUNDAMENTAL DE LO VIVIDO

Mi llegada a Mérida en 1967 fue un paso casual y azaroso, para quien no sabía con qué iba a encontrarse. El proyecto del Doctor Pedro Rincón Gutiérrez, que en forma inesperada me puso delante un amigo generoso de antes, Domingo Miliani, consistía en la apertura de una Oficina de Publicaciones en la ULA, con el propósito de editar, en primer lugar, una revista de literatura e ideas y una colección de nueva literatura venezolana; la Revista y la Colección Actual. Era un proyecto cegador, y un minuto antes me hubiera parecido inalcanzable, por lo que me mantuvo encandilado hasta muchos días después, cuando desperté de un todo en la Plaza Bolívar de Mérida. Estaba mirando al Pico y su nevado gorro frigio, sobre el cual me parecía que iban apareciendo las palabras del festín de Baltazar. Mi traducción fue inmediata y contundente: ¡Cuidate, muchacho! ¡No sabes donde estás! Y así era, en efecto, sólo que iba a salir de dudas en seguida y como por obra de milagro.

Miré a mi alrededor y me encontré formando parte de una película que se había quedado congelada en la mitad de una secuencia. Las personas de diferente condición que hace un instante iban y venían por las aceras, repentinamente dejaron de hacerlo y se encontraban pegadas al suelo como figuritas recortadas de un álbum, en medio de un ademán casual, en la mitad del siguiente paso, en el giro repentino de una cabeza. Yo mismo, me quedé parado donde estaba, con el temor de romper algo que no sabía que era. Hasta que un minuto después, lo

entendí todo. Era Cinco de Julio y la Banda estaba tocando el Himno Nacional en la plaza. Todo el mundo debía permanecer sobre sus pies, inmóvil, hasta que se escuchara el último compás. Los cuerpos congelados, hablaban por sí mismo: ¡estaba en Mérida!

En ese momento había dado comienzo a un aprendizaje que iba a durar cinco años, durante los cuales me convertí en auténtico padre de familia, en funcionario de una Universidad y en habitante de una ciudad y una región colmada de tradiciones y rasgos de carácter y sensibilidad como nunca antes la había conocido. En aquel año, al final de la década tormentosa y folletinesca de los sesenta, Mérida y su Universidad eran, como nunca, dos entidades inseparables; un pan amargo y placentero a la vez, que se saboreaban en un mismo bocado. Era una carga de dinamita que nunca llegaría a estallar, como creíamos incautamente, pero que convertida en espuma, siguió creciendo inexorablemente, subiendo y subiendo de nivel, hasta que se derramó por los bordes, inundó la ciudad y alteró hasta el fondo las características del paisaje humano, social y cultural de la región.

A partir de esa día, ya no volvería a formar parte casual del mimo patriótico que me dejó sin habla aquella mañana en la Plaza Bolívar. Porque en realidad estaba llegando a la otra Mérida; la ciudad más vital de Occidente, el conglomerado juvenil más fogoso, irreverente, altivo; la urbe artística hacendosa, desenvuelta y hospitalaria, que enmarca en sus cuatro calles históricas un muestrario de todos los caprichos étnicos y estilos de vida pintorescos que tiñen el país. Yo era un novato que iba mirando a todos lados con el azoramiento de un pájaro de vuelo corto que busca su rama. Pero la ULA era también un ámbito cosmopolita y plural, donde por un lado se editaban en los Talleres Gráficos los Fragmentos de Heráclito como si estuviéramos en Oxford y por el otro unos mendigos bañados de trapos salían de la Edad Media a las calles, por ciertas grie-

tas que nunca alcancé a descubrir. Ya yo había estado en el Rectorado y me había encontrado allí con la mirada de Perucho Rincón; ojos que cuando miran llegan donde no hay donde esconderse. En ese momento supe que mi aprendizaje iba por buen camino.

Pronto tuvimos Revista y tuvimos libros. *Actual* fue una realidad en la vida cultural del país y su presencia se extendió por toda América. Lo realizado en aquella primera etapa fundadora, está a la vista y puede ser debidamente evaluado, si se desea. Para mí, es sólo aliento, signos en el aire, un rastro de nostalgia; en fin, parte fundamental de lo vivido.

Salvador Garmendia